

preocupaciones, sino también en muchas partes de los estados del Emperador. Este orden se hallaba entonces en el grado mas eminente de su crédito. Contaba mas de setecientos abades y una multitud prodigiosa de monges, de los cuales muchos se hallaban elevados al episcopado. Los santos religiosos de la Cartuja dieron igualmente gran socorro al Papa Alejandro, y aun fueron los primeros que se declararon por él. El Emperador se irritó de tal manera contra San Anselmo, entonces cartujo y despues obispo de Belai, que le hizo escomulgar en sus conciliábulos, como autor principal de la revolucion de sus hermanos. Por lo que hace á los monges cistercienses, mandó que todos los que se hallasen en su reino saliesen de él si no reconocian al Papa Víctor, lo que obligó á que muchos abades con sus comunidades enteras se refugiasen en Francia, del mismo modo que la Cabeza de la Iglesia.

25. No se atrevió con todo á maltratar, ni aun inquietar al santo arzobispo de Tarentesia que estaba bajo su dominio, y que no cesaba de predicar contra el cisma con una libertad que producía el fruto mas maravilloso. Llegó hasta recibirle con benevolencia, y á tratarle con una atencion respetuosa; y como los cismáticos arrebatados de despecho le diesen sus quejas, respondió: ¿puedo yo proceder de otra manera? ¿El resistir al varon de Dios no sería resistir á Dios mismo? Habiendo pasado el Emperador á Besanzon, cuyo arzobispo Heberto era el mas ardiente de los cismáticos, se dirigió allá Pedro inme-

diatamente para sostener á los católicos. Los moradores de la ciudad y de los lugares vecinos acudieron en gran número á honrar al santo prelado como lo acostumbraban hacer en todas las partes por donde pasaba. Les dijo que orasen en comun para que Dios convirtiese á su obispo, ó libertase de él á la iglesia: oraron, y Heberto murió algunos dias despues.

Mientras que estuvo en la Italia, aconteció tambien uno de aquellos sucesos que pueden ser casuales, pero que equivalen á los milagros aun en la opinion de aquellos á quienes mas incomoda el eco de este nombre. Como solo se trataba de despojar á los obispos que iban á presentarse al Papa Alejandro, un señor, animado sin duda mas por el espíritu del cisma que por el aliciente del botin, acometió al santo arzobispo, cuyo equipage se reducía á cinco caballos; mas al tiempo de perseguirle cayó su caballo, y se rompió una pierna.

Este accidente le hizo entrar dentro de sí mismo: siguió al santo, corrió á echarse á sus pies, le pidió perdon, y le dió mil gracias por haberle alcanzado del cielo un aviso saludable en vez del último castigo que confesaba haber merecido. En este viage de Italia predicó el santo animosamente contra el cisma en aquellas mismas ciudades cuyos obispos eran cismáticos; mas los pueblos solo consultaban á la veneracion que les inspiraba su santidad y sus milagros; porque á la verdad fue otro San Bernardo, así por la muchedumbre de sus prodigios, como por la brillantéz de sus virtudes.

Alligido en extremo, y verdaderamente temeroso de la veneracion pública, resolvió el santo arzobispo huir secretamente, y partió en efecto de noche con un solo compañero. Siguió sendas difíciles entre rocas y precipicios, mudó muchas veces de guías, y llegó solo á un monasterio de su orden, lleno de monges alemanes, cuya lengua no entendia, y de los cuales ni era entendido ni conocido. Fue recibido como un simple monge, y gozó por algun tiempo de la obscuridad que habia buscado. Sin embargo, su familia y su pueblo, entregados al mas profundo dolor y á las mas crueles inquietudes, se dispersaron por todas partes, ó para encontrarle, ó para adquirir á lo menos alguna noticia. En fin, un jóven á quien habia educado desde su infancia, penetró hasta esta casa, le reconoció entre los monges que iban al campo, y dió un grito que los paró. Estos buenos religiosos quedaron estrañamente admirados: toda la comunidad se echó á los pies del arzobispo derramando lágrimas, y pidiéndole perdon de no haberle tratado como merecia: mas él lloró todavía con mayor amargura al verse arrancar de esta manera de las dulzuras de su humilde retiro, puesto que habiéndose propagado inmediatamente la nueva de tan dichoso descubrimiento, se vió obligado á volver á su rebaño.

Llenó completamente treinta y cuatro años de un santo y largo episcopado, durante los cuales vivió como el mas pobre y el mas austero de los monges. No solamente conservó el hábito, sino que siempre

le quiso vil y usado; y si alguna vez le precisaban á tomar otro mejor, le daba en la primera ocasion de limosna. Su comida era un poco de pan bazo, y algunas legumbres aderezadas como las que hacia servir á los pobres. No dejó de sostener con eficacia los intereses de su iglesia, y de restablecer su patrimonio, y de cumplir con no menos dignidad que vigilancia con todas las funciones pastorales. Entre todas sus virtudes resplandeció particularmente la ternura para con los pobres y enfermos. En este punto fueron tales sus solicitudes, cuales se conceden á aquellas almas tiernas con las que parece que el Padre celestial ha dividido los cuidados de su Providencia y la dulce unción de su misericordia. Su semblante era en todo tiempo un refugio abierto á los desgraciados; pero durante los tres meses que preceden á la cosecha, en que faltan los mas de los víveres en aquel terreno ingrato, parecia su casa mas bien un hospital, que palacio de un obispo. Dos veces pasando los Alpes se desnudó de la túnica para que se cubriesen unas pobres mugeres que se morian de frio, no conservando mas que su manto por encima del cilicio con peligro inminente de perecer él mismo. En una sola visita espendió en los monges dos mil sueldos; es decir, cincuenta marcos de plata, importando entonces cada marco cuarenta sueldos.

26. y 27. El Papa Alejandro fue recibido en Francia con un respeto y una aficion, que dieron bien á conocer que el Rey y los vasallos acreditaban el

título honroso de defensores de la iglesia romana. El primer uso que hizo allí de su autoridad, fue concerniente á los clérigos empleados en el real servicio. Desde Montpellier adonde llegó, escribió al cabildo de Auxerre para que dejase disfrutar de la renta de su prebenda al canónigo Pedro aunque ausente, por cuanto hallándose empleado en el servicio de su Soberano, debía considerársele como presente. No obstante, por alguna etiqueta de ceremonial, el Rey Luis se manifestó repentinamente descontento del Pontífice, y el primer ímpetu del Monarca llegó hasta declarar su arrepentimiento de haber reconocido á Alejandro mas bien que á Víctor. Pero esto no fue mas que una nube pasajera, que no alteró de modo alguno el principio religioso de su inclinacion á la unidad católica, conforme tuvo ocasion de manifestarlo prontamente con aquella magnanimidad que hacia el fondo de su carácter.

28. Atentos siempre los cismáticos á mantenerse por todos los medios imaginables, se aprovecharon del descontento del Rey para empeñarle en una conferencia con el Emperador, con pretexto de extinguir en todas las naciones las disensiones de la Iglesia (1). La pequeña ciudad de San Juan de Laune fue el lugar destinado para esta conferencia, por estar situada en los confines del reino de Francia y de la Borgoña, que constituía parte del imperio. El Rey se presentó en ella con unas miras muy puras y lleno de confianza, creyendo que todo se trataria de

(1) *Act. Alex. Duches. tom. 4. pag. 579. et seq.*

un modo canónico por los obispos de diferentes naciones que habian concurrido en gran número. Mas el Emperador, sin presentarse en persona, le hizo declarar por su cancelario Reinaldo, arzobispo de Colonia y el cismático mas decidido de su comitiva, que se guardaria bien de transferir á otros el derecho que á él solo pertenecia de juzgar la iglesia romana: que el Rey de Francia y sus obispos podrian asistir á la conferencia, pero en calidad de testigos solamente, y para recibir al Papa que fuese de la aprobacion del Emperador y de los obispos del imperio. Sonrióse el Rey á vista de esta insolencia estrangera. „Estas son, dijo, unas quimeras que podeis tener la debilidad de sostener entre vuestras gentes; pero me admiro que hayan salido aquí de vuestra boca. ¿Ignora acaso el Emperador que Jesucristo encargó á San Pedro y á sus sucesores que apacentasen su rebaño? ¿Qué idea, pues, se ha forjado de mí y de mis obispos?” Tomando inmediatamente á los asistentes por testigos del fraude y de la infraccion de las promesas que se habian hecho, volvió la brida, picó fuertemente su caballo, y se libertó á tiempo del lazo en que conoció algo tarde que le querian coger.

Despues de haber dado las providencias necesarias para la seguridad de su frontera, se encaminó al país del Loira á juntarse con el Rey de Inglaterra, que habia juzgado mejor que él del designio de los alemanes, y que se adelantaba á marchas forzadas en su socorro. De este modo estos dos Príncipes rivales

y tan frecuentemente armados uno contra otro, se manifestaron en esta ocasion conducidos por un mismo impulso, y animados de un mismo interés por tratarse de la santa unidad. Mas el ejército imperial á quien empezaron á faltar los víveres, no tardó un momento en alejarse de la Francia, y de su propia voluntad la libertó de toda inquietud. Durante la negociacion de San Juan de Laune, el Papa Alejandro se detuvo en la abadía de Burgo de Dios, situada en la diócesi de Bourges, en los estados del Rey de Inglaterra, donde se creyó mas seguro en aquellas circunstancias. Partió para conferenciar con los dos Reyes que se habian juntado ya en Conci sobre el Loira. Ambos se disputaron la gloria en honrarle, los dos quisieron servirle de escuderos, y marcharon á sus lados, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, teniendo cada uno las riendas de su caballo. Aunque varios Príncipes dieron muchas veces este testimonio de veneracion al Vicario de Jesucristo, nunca como entonces habian ofrecido el espectáculo de dos Monarcas enemigos y desarmados por causa de la Iglesia, creyéndose en él verificado el cumplimiento de la profecía alegórica, de que el leon y el leopardo, oivido bajo del cayado su natural antipatía, se habian hecho semejantes á la oveja y al tierno cordero.

29. Alejandro siguió con confianza al Rey Luis á su capital, donde puso la primera piedra de la iglesia de nuestra Señora, que se comenzó á edificar en aquel año de 1162, tal como se vé en el dia. Mau-

ricio de Sulli fue el que la construyó enteramente en el tiempo de su episcopado, á escepcion de la portada y de algunos pedazos de puro adorno (1). Este prelado, llamado así por el lugar de su nacimiento en la diócesi de Orleans, no obstante la obscuridad y la indigencia en que nació, dió á conocer desde su infancia la nobleza y la elevacion de sus sentimientos. Dicen que pidiendo entonces limosna, y fingiendo la persona á quien se dirigió no querer dársela á menos que no renunciase á la esperauza de obispar, la despreció con altivéz. Sea lo que fuese, no tardó en desplegarse enteramente la grandeza de su alma, con la superioridad de espíritu que comunmente acompaña á la del sentimiento. Por el camino de las ciencias llegó muy breve á una cátedra de teología, y á la dignidad de archi-diácono en la capital. Adquirió tanta estimacion en este primer puesto, que en la muerte de Pedro Lombardo, quien solo ocupó un año la silla de París, en la dificultad ó conflicto de los votos, ocurrida en el modo acostumbrado de la eleccion, todos los vocales remitieron á Mauricio la eleccion del nuevo obispo. Esta se efectuó desde luego. „No leo, dijo, en la conciencia de los otros; pero debo conocerme á mí mismo. En este supuesto creo poder responder por mí, que si yo tomo el gobierno de esta diócesi, procuraré gobernarla bien con la gracia del Señor. Poniendo luego la mano en el pecho: yo me nombro á mí mismo, añadió, y ved aquí á vuestro obispo.” Manifestó por los efectos que

(1) Gall. Chrét. tom. 1. = Hist. eccl. par. tom. 11. pag. 122.

esta presuncion aparente no era más que el sentimiento ingénuo de una alma grande, y un aprecio justo de sí mismo.

30. De París fue el Papa á Tours para tener un concilio que convocó para la octava de Pentecostes, y se abrió con efecto en este dia, 19 de Mayo de 1163 (1). Halláronse en él diez y nueve cardenales, ciento veinticuatro obispos de Francia, de Inglaterra y algunos de Italia, cuatrocientos catorce abades y una multitud proporcionada de otras personas eclesiásticas y legas. Se propusieron desacreditar á los cismáticos y llenarlos de confusion, como que estaban enteramente persuadidos de que así lo merecian. Queriendo el Papa dar desde luego cuenta al concilio de la canonicidad de su eleccion, en el momento en que empezó á esplicarse, resonaron en toda la asamblea los gritos del anatéma y maldicion contra el falso Pontífice. Declararon nulas las órdenes hechas por él y por los otros cismáticos, entre los cuales dos eran notados de heregía; á saber, el cardenal Guido de Crema, y Juan, abad de Strum (2). Justificaron en adelante esta severidad que se usó particularmente con ellos, haciéndose uno y otro Antipapas. Intentó asimismo el concilio contener los progresos de los hereges maniqueos, que infestaban el Langüedoc y que despues fueron llamados albigenses. Prohibió bajo la pena de escomunion todo comercio con ellos, aun para comprar ó vender; y prescribió todas las precauciones posibles para impedir sus maquinaciones.

(1) Tom. 10. Concilior. pag. 1424. (2) Can. 9.

Creyeron tambien los padres conveniente hacer frente á un abuso introducido en muchos monasterios: habia en ellos algunos religiosos, que con pretesto de caridad, vivian en el siglo para estudiar las leyes civiles y lo que entonces llamaban física, esto es, la medicina, para egercer despues la profesion de médicos y de abogados. Reprobó el concilio esta costumbre de los monges, sin prohibirles absolutamente sus funciones con tal que no las egerciesen fuera de sus claustros: temperamento que se creyó todavía necesario para la república, á causa de las reliquias de la antigua ignorancia.

Concluido el concilio, los dos Reyes de Francia y de Inglaterra hicieron uno y otro convidar al Papa Alejandro con sus respectivos estados para fijar en ellos su residencia, ofreciéndole para su mansion el lugar que mejor le pareciese. Escogió la ciudad de Sens, la mas distinguida entonces en el orden gerárquico, como metrópoli de la capital de Francia. Establecióse en ella á principios de Octubre, y permaneció cerca de año y medio, decidiendo los negocios de toda la Iglesia del mismo modo que si hubiese estado en Roma.

31. No se imaginaba por entonces que uno de los objetos mas tristes de su solicitud pontificia hubiese de ser en el año siguiente el arzobispo de Cantorberi, Tomás Becquet, el cual acababa de comparecer en el concilio de Tours, con una distincion igual á la que hubiera gozado si hubiera sido hermano de su Rey. Con efecto, Enrique II tenia entonces tal con-

fianza en su persona, y le profesaba tal intimidad, cual podia haber dispensado al primer Príncipe de su sangre. Tomás añadía á su figura noble y agradable una penetracion que le hacia superior á los negocios mas difíciles, un espíritu varonil contra todos los obstáculos, toda la grandeza y elevacion de sentimientos de un Príncipe, y al mismo tiempo la docilidad de carácter, la urbanidad y amenidad del mas fino cortesano. Se prestaba á todos los gustos del Rey, ya por la caza, ya por otros varios placeres. Su representacion era magnífica en los palacios, en los muebles y aun en los vestidos; nada excluía de su complacencia mas que las bajezas y las injusticias, que miró siempre con horror en los diferentes estados de su vida. Así siempre su alma honesta y llena de energía, en el seno mismo de las delicias y de la vanidad, se conservó pura con respecto á las mugeres.

Habia recibido una educacion virtuosa, digna de sus padres sólidamente cristianos. Su padre Guiberto, aunque originario de un pueblo corto, habiendo tenido valor de marchar contra los infieles de Palestina, fue hecho prisionero en un combate y llevado cautivo á Egipto. Vió allí la hija de un almirante musulmán. Esta se compadeció de su suerte, y pasando insensiblemente de la compasion al amor, le ofreció su mano. Tratóse de recobrar su libertad, y de hacerla cristiana: aceptó el partido, huyó con ella, y llegó felizmente á Inglaterra donde se casó despues que hubo recibido el bautismo (1). Tomás fue el fru-

(1) *Vit. Quadrip. lib. 1. cap. 1. Coll. Lup. lib. 1. ep. 1.*

to de este matrimonio, y recibió los sentimientos religiosos que podian esperarse. Hizo sus estudios en Oxford, los prosiguió en París, donde florecian siempre las bellas letras, y luego se aplicó al derecho en la escuela célebre de Bolonia. Bien pronto fue conocido de Thibaldo, arzobispo de Cantorberi, el cual añadió el arcedianato de esta iglesia á la prebostía de Beverlai y á otros muchos beneficios que Tomás habia ya obtenido. Habiendo llegado Enrique II á la corona, el arzobispo Thibaldo, deseoso de procurar á la Iglesia la inclinacion de este jóven Monarca naturalmente emprendedor, hizo de manera que eligiese á Tomás por su cancelario.

32. En este puesto importante fue donde Becquet llegó al mayor favor y á un poder casi sin límites, no solo por sus cualidades amables y su cortesanía, sino tambien por las negociaciones hábiles y servicios esenciales que hizo en gran número al estado. Nada hallaba el Rey que fuese extraño á los talentos de su cancelario. No solamente le confió el cuidado de la justicia universal del reino, sino tambien la educacion del jóven Enrique su hijo y su heredero presuntivo. En fin, habiendo fallecido Thibaldo de Cantorberi, propuso el Rey esta mitra al cancelario. Pero Tomás no estaba tan preocupado con su favor que le impidiese presentir todos los disgustos que los émulos de la corte no dejan de ocasionar al mas dichoso favorito. Decia frecuentemente con lágrimas á sus amigos experimentados mientras que todo al parecer lisongeaba su fortuna, que nada deseaba con mas ar-